

El buen Samaritano

Muchos conocemos bien la parábola del buen samaritano. Ahora bien, como nuestra cultura es muy distinta de la que había en Palestina en el siglo I, puede que haya aspectos del relato que no entendamos. Cuando oímos o leemos esta parábola, no nos escandaliza, ni nos parece que ataque el statu quo actual. Sin embargo, los que la oyeron de labios de Jesús en el siglo I sí debieron de quedar desconcertados. El mensaje debió de chocar con sus expectativas y poner en tela de juicio sus límites culturales.

En la parábola aparecen varios personajes. Examinemos los personajes por orden de aparición.



El hombre que fue golpeado

La parábola dice muy poco acerca del primer personaje, el hombre que fue golpeado y robado; pero nos proporciona un dato crucial. Le quitaron la ropa y quedó medio muerto, en el suelo, inconsciente, habiendo sufrido una fuerte paliza.

Es significativo porque en el siglo I la gente era fácilmente identificable por su modo de vestirse y por su idioma o acento. Como el hombre que había sido golpeado no llevaba ropa, era imposible saber su nacionalidad. Como estaba inconsciente y no podía hablar, resultaba imposible determinar quién era o de dónde era.





El Sacerdote

El segundo personaje del relato es el sacerdote. Los sacerdotes judíos de Israel constituían el clero que servía en el templo de Jerusalén durante una semana cada 24 semanas. No se nos da detalles sobre el sacerdote de este relato; pero los que oyeron a Jesús contar esta parábola debieron de suponer que regresaba a su casa en Jericó tras haber estado una semana sirviendo en el templo.



El Levita

El tercer personaje de la parábola es el levita. Si bien todos los sacerdotes eran levitas, no todos los levitas eran sacerdotes. Eran considerados el clero bajo. Al igual que los sacerdotes, servían en el templo dos semanas al año, en dos épocas diferentes.

El Samaritano

Los samaritanos eran un pueblo que vivía en Samaria, una zona de colinas limitada al norte por Galilea y al sur por Judea. Aceptaban los cinco libros de Moisés, pero consideraban que Dios había escogido el monte Gerizim como lugar de culto, en vez de Jerusalén.

En el año 128 a. C., el templo samaritano del monte Gerizim fue destruido por el ejército judío. Entre el



año 6 y 7 d. C., unos samaritanos esparcieron huesos humanos en el templo judío, con lo que lo profanaron. Esos dos sucesos contribuyeron a la profunda hostilidad que había entre judíos y samaritanos.

Dicha animosidad se evidencia en el Nuevo Testamento, que cuenta que los judíos de Galilea que viajaban hacia el sur, a Jerusalén, con frecuencia daban un rodeo para no pasar por la región de Samaria. Eso significaba recorrer 40 kilómetros más y representaba dos o tres días más de viaje. La ruta era mucho más calurosa, e incluía una empinada cuesta para ir de Jericó a Jerusalén; pero muchos consideraban que valía la pena para evitar todo contacto con samaritanos.

Fue en ese ambiente de hostilidad cultural, racial y religiosa que Jesús contó la parábola del buen samaritano.

La parábola

Ahora que conocemos mejor a los personajes, veamos lo que sucedió cuando un intérprete de la Ley le hizo a Jesús unas preguntas en Lucas, capítulo 10, versículo 25.

Cierto intérprete de la Ley se levantó, y para poner a prueba a Jesús dijo: «Maestro, ¿qué haré para heredar la vida eterna?» (Lucas 10:25)

La cuestión de cómo alcanzar la vida eterna era motivo de debate entre los eruditos judíos del siglo I, y se hacía particular hincapié en el cumplimiento de la Ley como forma de ganarse la vida eterna.

Y Jesús le dijo: «¿Qué está escrito en la Ley? ¿Qué lees en ella?» Respondiendo [el intérprete de la Ley], dijo: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo». (Lucas 10:26-27)

Como se aprecia en los Evangelios, eso era justo lo que Jesús había estado enseñando; quizás el intérprete de la Ley se lo había oído decir. En su siguiente frase, el intérprete de la Ley está buscando la forma de justificarse ante Dios. Justificarse ante Dios significa

ponerse bien con Él, salvarse. El hombre quiere saber qué es lo que tiene que hacer, qué obras, qué actos debe realizar para justificarse, es decir, para merecerse la salvación.

Pero queriendo [el intérprete de la Ley] justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: «¿Y quién es mi prójimo?» (Lucas 10:29)

El intérprete de la Ley entiende que puede amar a Dios cumpliendo la Ley; pero eso de «amar a su prójimo» le parece un poco vago o confuso. Así que quiere saber quién es su prójimo, a quién concretamente tiene que amar. Sabe que en la categoría de «prójimo» están los «hijos de su pueblo», como dice el versículo de Levítico; en otras palabras, sus paisanos judíos. Pero ¿hay otros? Los gentiles no eran considerados «prójimos», aunque en Levítico 19:34 dice:

El extranjero que resida con ustedes les será como uno nacido entre ustedes, y lo amarás como a ti mismo...

O sea, que se podría argumentar que si un extranjero viviese en la ciudad del intérprete de la Ley, sería también tu prójimo. Entonces, sus prójimos serían probablemente sus paisanos judíos y todo extranjero que viviera en su ciudad. Cualquier otro desde luego no sería su prójimo, y menos los detestados samaritanos.

Es en respuesta a la pregunta: «¿Quién es mi prójimo?» —en otras palabras, a quién tengo que amar— que Jesús cuenta la parábola.

Jesús le respondió: «Cierta hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, los cuales después de despojarlo y de darle golpes, se fueron dejándolo medio muerto» (Lucas 10:30)

Si bien era imposible saber la nacionalidad del hombre, dado el contexto y el desenlace del relato los primeros oyentes muy probablemente se imaginaron que ese hombre a punto de morir era judío.



Por casualidad cierto sacerdote bajaba por aquel camino, y cuando lo vio, pasó por el otro lado del camino. (Lucas 10:31)

Es probable que el sacerdote volviera de una de sus semanas de servicio en el templo. Por su categoría social, seguramente iba

montado en un burro y podría haber llevado a Jericó al hombre herido. El caso era que no tenía forma de saber quién era, o de qué nacionalidad era, puesto que estaba inconsciente y además desnudo. La ley mosaica obligaba al sacerdote a ayudar a un compatriota judío, pero no a un extranjero, y dadas las circunstancias no podía determinar si el herido era lo uno o lo otro. Además, el sacerdote no sabía si el hombre estaba muerto o vivo y, según la Ley, si tocaba un cadáver o se acercaba a uno quedaría ceremonialmente impuro. Al final, por el motivo que fuera, decidió pasar de largo por el otro lado del camino para guardar las distancias con él.

La parábola continúa:

Del mismo modo, también un levita, cuando llegó al lugar y lo vio, pasó por el otro lado del camino. (Lucas 10:32)

El levita hace lo mismo que el sacerdote. Decide no ayudar.

En este punto del relato, los oyentes originales debían de imaginarse que la siguiente persona que hallaría al hombre sería un judío no religioso. Habría sido totalmente lógico, considerando que se iba en orden decreciente de categoría social: sacerdote, levita, laico. Sin embargo, en este relato Jesús fue mucho más lejos de lo que cabía

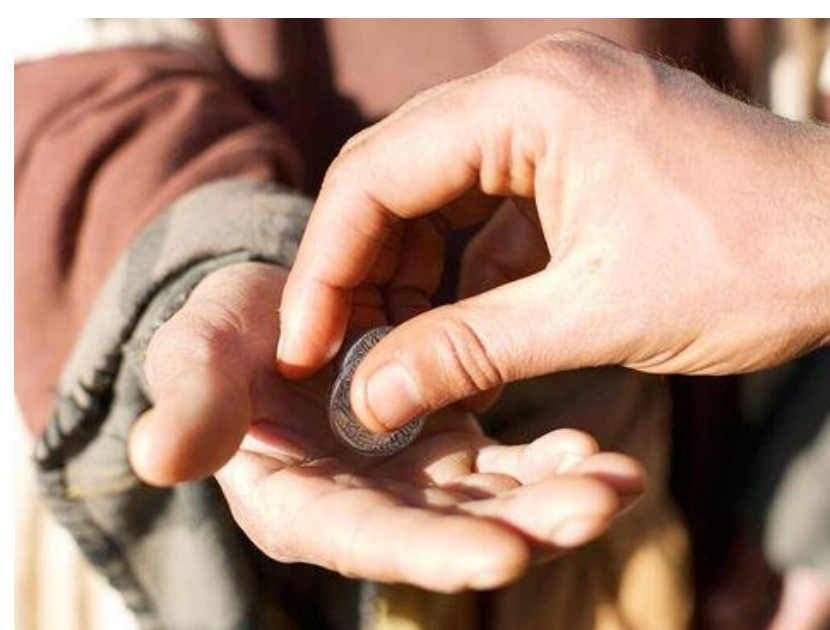
esperar. La tercera persona que hace su aparición es un samaritano despreciado, un enemigo. Y el asunto se pone peor cuando Jesús cuenta todo lo que este hace por el moribundo, cosas que los religiosos, el sacerdote y el levita, personas que servían en el templo, hubieran debido hacer.



Pero cierto samaritano, que iba de viaje, llegó adonde él estaba; y cuando lo vio, tuvo compasión. Acercándose, le vendó sus heridas, derramando aceite y vino sobre ellas; y poniéndolo sobre su propia cabalgadura, lo llevó a un mesón y lo cuidó. (Lucas 10:33-34)

El samaritano, lo más seguro un mercader que transportaba vino y aceite y que tenía consigo al menos un animal, probablemente un burro, se compadeció del hombre golpeado. Primero cura sus heridas. ¿Qué utiliza para eso? No es el servicio de ambulancia de la localidad; no tiene un botiquín. Quizá, como comerciante, lleva alguna tela. Tal vez se quita la túnica de lino que lleva como ropa interior y usa eso, o se quita el turbante y lo usa como venda. Y echa vino y aceite en las heridas para limpiarlas, desinfectarlas y curarlas.

El samaritano lleva al malherido a un mesón y lo cuida allá. Si, como se supone, el herido era un judío, el samaritano se arriesgó mucho al entrar a la ciudad con un judío moribundo sobre su asno; los parientes del herido podrían haberle echado a él la culpa de lo ocurrido, y haberse desquitado con él. Por su propia seguridad, habría sido más prudente dejar al hombre cerca de la ciudad o a las puertas de la misma; pero él lo llevó a la posada y pasó la noche cuidándolo. Y eso no fue todo lo que hizo.



Al día siguiente, sacando dos denarios se los dio al mesonero, y dijo: «Cuídelo, y todo lo demás que gaste, cuando yo regrese se lo pagaré». (Lucas 10:35)

Dos denarios equivalían al salario de dos días de un obrero. Le dejó dinero al posadero para garantizar que el hombre

recibiera los cuidados necesarios durante su recuperación. En caso de que el mesonero necesitara gastar más que eso para ayudar al hombre a restablecerse, el samaritano prometió pagárselo en su siguiente visita. De no haber hecho eso, el hombre podría haber acumulado deudas por alojamiento, atención y comida, y en aquel tiempo una persona que no pagaba sus deudas podía ser llevada presa. El samaritano prometió volver y pagar todo gasto adicional para que el hombre golpeado estuviera seguro y continuara recibiendo atención.

Probablemente el samaritano tenía negocios en Jerusalén y con frecuencia pasaba por Jericó cuando iba allá. Como era un cliente habitual del mesón, es lógico que el posadero se fiara de su promesa de que volvería y cubriría los gastos adicionales.

Al terminar la parábola, Jesús le pregunta al intérprete de la Ley:

«¿Cuál de estos tres piensas tú que demostró ser prójimo del que cayó en manos de los salteadores?» El intérprete de la Ley respondió: «El que tuvo misericordia de él». «Ve y haz tú lo mismo», le dijo Jesús. (Lucas 10:36-37)

La pregunta del intérprete de la Ley era: «¿Quién es mi prójimo?» Jesús no le respondió de la forma concreta que él quería, sino que contó una parábola y luego le preguntó quién se había portado como prójimo del

hombre asaltado. El intérprete de la Ley quería una respuesta categórica y simple, como: «Tu prójimo es todo paisano judío, así como cualquiera que se haya convertido al judaísmo y todo extranjero que viva entre ustedes». Si al intérprete de la Ley le hubieran dado una lista así, habría sabido exactamente a quién la Ley le mandaba que amara. Pero la parábola de Jesús demostró que no se puede hacer una listita que reduzca las personas que estamos obligados a amar o que debemos considerar nuestro prójimo. Jesús aclaró que el prójimo son las personas necesitadas que Dios pone en nuestro camino.

En los Evangelios, Jesús siempre enfatizó más el amor, la misericordia y la compasión que la observancia de reglas. En vez de concentrarse en lo que se debe hacer, hizo hincapié en cómo se debe ser. En este caso, compasivo, amoroso y misericordioso con los necesitados. No solo en intención, sino en acción.

Cristo nos llama a ser compasivos. Como hizo con el intérprete de la Ley y los primeros que lo oyeron contar esta parábola, Él nos exhorta a actuar, a ir y hacer nosotros lo mismo.



Al hacerlo, tengamos en cuenta los siguientes puntos:

- El prójimo al que tenemos la obligación de amar no son solo las personas que conocemos, o que son como nosotros, o que tienen nuestras creencias. Jesús no fijó límite alguno en cuanto a quiénes manifestar amor y compasión.
- Las diferencias de raza, creencias, estilos de vida y categoría social no deberían impedirnos amar a los demás.
- Las únicas personas buenas no son las de nuestra religión. Hay muchas que tienen otra fe, o





incluso que no tienen fe, y que son amorosas y compasivas.

- Como discípulos, como seguidores de Jesús, deberíamos estar llenos de Su amor, y ese amor debería motivarnos a la acción con respecto a los demás. El amor y la compasión son el sello distintivo del auténtico

cristianismo, son indicadores de si seguimos los pasos del Maestro.

- El amor en acción entraña sacrificio. Para ayudar a otro, uno a menudo tiene que alterar sus planes. Cuando uno ayuda económicamente a otro, le queda menos para sí. Ayudar a los demás tiene un costo, pero es parte esencial de amar al prójimo. Nadie sabrá nunca lo que te cuesta amar al prójimo; pero *tu Padre que está en el Cielo y ve lo que se hace en secreto sí lo sabe, y te recompensará.* (Mateo 6:4)

Tómate un tiempo para reflexionar sobre los principios que Jesús presentó en esta parábola.

En ella declaró qué espera de nosotros en cuanto a amor y compasión, y Sus palabras de cierre para nosotros, los que la oyen hoy en día, son: «Ve y haz tú lo mismo».

www.freekidstories.org